CAPITULO XLV.

MAUSOLEOS PRINCIPALES DE POMPEYA.—UN ASESINO POR ÓRDEN SUPERIOR.
UN CRÍMEN EN LA CALLE DE LAS TUMBAS.

Eran poco mas de las diez de la noche.

La *Calle de las Tumbas* se encontraba en la mas completa oscuridad.

Suntuosos mausoleos rodeados de altos cipreses se levantaban de uno y otro lado hasta terminar la calle, guardando las cenizas del padre de familia, de la matrona ilustre, de sus hijos y de los libertos que yacian al rededor.

Levantándose de en medio de las sombras como un fantasma que se desprende de la tierra, se presentaba un soberbio pedestal de piedra, con molduras de mármol blanco en la base, sosteniendo una estatua colosal, cual si fuese el severo guardian á quien hubieran encomendado que velase el reposo de los muertos.

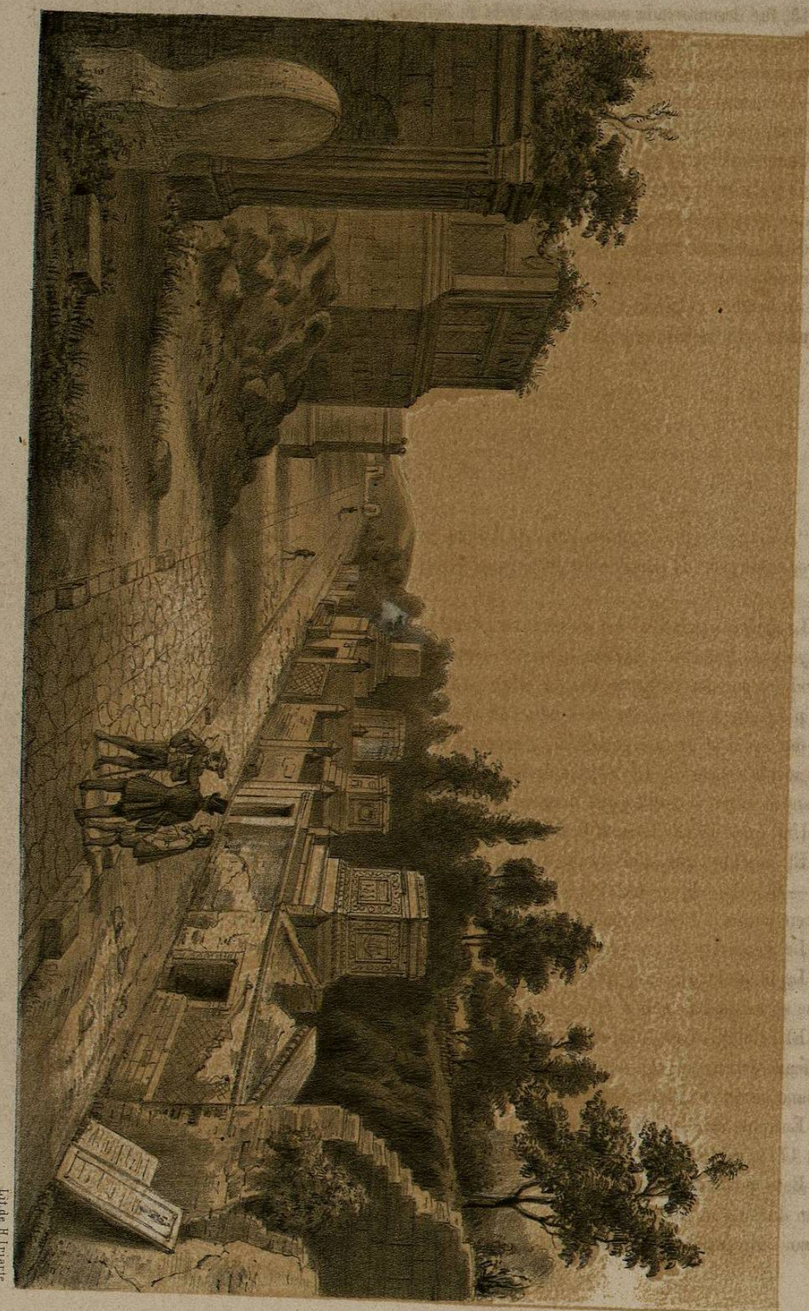
Todo era silencio y oscuridad.

De repente se vió deslizarse entre las sombras un bulto, como si temiese ser visto.

Era un hombre.

Su estatura era regular, y fornidos sus miembros.

Aquel hombre pasó por junto á la *Tumba de Terencio*, por la de las *Guirnaldas*, construida con notables piedras de peperina y revestida de estuco; rozó con la *Tumba del Jarron Azul*, cuyo pedestal cuadrado, coronado de gradas piramidales, llama aún la atencion, así como llama en el Museo de Nápoles, la famosa ánfora de vidrio azul, cubierta de pámpanos y de figuras, representando vendimias en pasta blanca de esmalte y en relieve, que en ella se encontró; ánfora de donde ha tomado el nombre la tumba, y que no tiene por rival mas que al famoso jarron Portland de Londres; cruzó las tumbas de *Calvencio Quieto*, de *Grato*, de *Libela*, de la familia *Nistacidia*, de *Servilla*, de *Mamia*, de *Porcio*, de *Corinnio* y de otros



CALLE DE LAS TUMBAS.
(Despues de las escavaciones)

Lit de H. Iruarte

mil nombres ilustres que aun se conservan con sus inscripciones latinas, y detuvo su marcha al llegar á la *Tumba de Nævoleya Tyche*, que diez y nueve siglos despues, esto es, en 1813, fué desenterrada conservando toda su belleza.

Despues de haber observado el sitio y los árboles que rodeaban aquel sepulcro, el misterioso individuo murmuró estas palabras:

—No estoy bien aquí; podrian verme.—Y abandonó aquella tumba para examinar otras y otras, que volvió á dejar despues de observarlas.

Caminando con sigilo y sobre las puntas de los piés, se dirijió entonces á la *Tumba de Cayo y Labéon*, junto á la cual se detuvo. La forma de esta tumba como se ve aun hoy, era un gran pedestal compuesto de un zócalo con molduras, construido de cantera, y cubierto de adornos de estuco. La parte superior era notable por su cornisamento, las estatuas y la inscripcion que ostentaba. Las estatuas eran de piedra revestidas de estuco, representando un hombre cubierto de una toga y de muchas mujeres bastante bien vestidas. La inscripcion que ostentaba y que se halla hoy en el Museo de Nápoles, decia así:

L. CEIO L. F. MEN. L. LABEONI
ITER D. V. I. D. QVINQ.
MENOMACHVS L.

"A Lucio Ceyo Menomaco, hijo de Lucio, y á Lucio Labéon, por la segunda vez duunviro, encargado de administrar justicia, y quinquenal, el liberto Menomaco."

La fachada principal del monumento presenta, en su parte superior, los medallones de Ceyo y de Labéon. Encima habia tres espacios cubiertos por una especie de enverjado y divididos por dos pilastras: dos de ellos contenian bajo-relieves representando un guerrero, de pié junto á su caballo. Del lado opuesto se veian escudos y una ventanita destinada para dar luz á la cámara sepulcral, y sobre la fachada posterior algunos trofeos de arneses. El zócalo conserva aún despues de las escavaciones, las señales de inscripciones pintadas en grandes letras coloradas que ninguno ha podido descifrar.

Una escalera conducia al basamento de este sepulcro.

El individuo que habia hecho alto en este monumento, manifestó señales de satisfaccion.

—El sitio—dijo—presenta las ventajas que deseaba: nadie me ha visto salir, ni dirijirme á este punto. Aquí es donde debo esperar: los árboles y la oscuridad favorecen mi intento.

La soledad y las sombras eran completas.

La línea de sepulcros que orillaban la calle por uno y otro lado, y los robustos cipreses que se inclinaban sobre ellos, hacian imponente aquel sitio destinado á los muertos.

El hombre, despues de haberse colocado en el punto mas conveniente, sacó la cabeza, cubriendo su cuerpo con una de las estatuas del mausoleo, y dirijió la vista hácia un punto lejano en que se descubria un edificio. Aquel edificio era la casa de Diómedes.

Enfrente de ella se levantaba, y se levanta, *La Tumba de Diómedes* que fué desenterrada en 1775, esto es, diez y ocho siglos despues de los acontecimientos que nos ocupan.

Este monumento, que era la última morada á donde pasaban de la bulliciosa que habitaban durante la vida los miembros de la familia de Diómedes, era de piedra revestida de estuco. Su fachada, que es de dos metros y medio de ancho y tres de altura, sin contar el

frontis que se elevaba con elegancia y que hoy está en parte destruido, estaba adornada de dos haces con esta inscripcion:

M. ARRIUS L. DIOMEDES
SIBI SVIS MEMORIAE
MAGISTER PAG. AVG. FELIC. SVBVRB.

"M. Arrio Diómedes, liberto de Julia, señor del arrabal *Augusto Félix*, á él mismo, á los suyos y á su memoria."

Otras tres inscripciones indicaban el lugar en que reposaban tres niños de Diómedes.

¡Singular contraste de las cosas de la tierra! ¡Junto á un palacio una tumba!

El hombre, oculto detras del sepulcro, continuó mirando hácia la casa de Diómedes.

En el cielo se iban condensando algunos grupos de negras nubes.

Algunos relámpagos empezaban á surcar de vez en cuando la atmósfera.

—Nada aparece todavía—exclamó con impaciencia el hombre, mirando siempre hácia la casa de Diómedes.—¿Habrá renunciado á su pensamiento?.....

De repente apareció una luz en la ventana que se ocultó y volvió á presentarse rápidamente por tres veces.

—¡Ya era tiempo!.....—dijo para sí el hombre misterioso.—Estaba cansado de esperar. La señal es de que va á salir.

Un relámpago que iluminó la atmósfera, bañó en aquel momento con su roja luz las facciones del personaje que acababa de pronunciar aquellas palabras.

Era el esclavo Crémes: el hombre de las confianzas de Marcio.

—¡Reniego de los relámpagos!.....—exclamó al repetirse algunos mas.—No me conviene que se sucedan con frecuencia, porque se me iluminasen en el momento de..... Pero no—añadió examinando el cielo.—Por fortuna las nubes se dirijen hácia otro rumbo, y los relámpagos nos dejarán.—Y Crémes continuó mirando hácia la casa de Diómedes.

¿Qué esperaba allí? ¿Qué habia significado aquella luz que se habia presentado y desaparecido por tres veces en una de las ventanas de la casa de Diómedes? Vamos á decirlo.

Crémes esperaba allí á Plinio que se habia ido á despedir de Eutima, en cuya casa se hallaba en aquel instante. El jóven abogado no queria permanecer en Pompeya, pues debiendo efectuarse muy pronto la lucha de Glauco con el leon en el anfiteatro, se habia propuesto partir al amanecer del próximo dia á Miseno, donde le esperaba su amante madre Plinia. Tácito, Lucrecia y el general Agrícola partian tambien al despuntar el inmediato dia para Roma, y queria acompañarles un gran trecho de camino.

Plinio habia pedido en aquella misma noche á Diómedes la mano de su hija, que le fué concedida, y el jóven y la bella Eutima se despidieron, manifestando el venturoso amante que volveria á los pocos dias para celebrar la deseada union en que cifraba su dicha.

Marcio, que desde que entró Plinio sospechó el objeto que le llevaba, se ocultó en un lugar conveniente para oir lo que trataban, y al ver que le iban á arrebatar la muger que amaba, ordenó á Crémes, que esperase á Plinio para asesinarle, y le indicó que la aparicion de la luz por tres veces en la ventana, seria la señal de que su rival salia de la casa.

Crémes, desde el momento en que la luz desapareció por la última vez, fijó sus ojos en el sitio por donde debia aparecer su víctima; pero nada acertaba á descubrir. Las sombras eran tan espesas que no se podian ver ni aun los objetos mas cercanos.

—Nada descubro—dijo con impaciencia.—Ahora que deseo unos cuantos relámpagos que

iluminen el rumbo para ver si llega, se han propuesto contrariar mi voluntad. Pero si no se puede ver, se puede oir. La soledad y el silencio son tan grandes, que fácilmente se puede oir el ruido de las mas leves pisadas. Sí; escuchemos.—Y Crémes, dejando de observar hácia el camino, se tendió en el suelo y aplicó el oido á la tierra, casi conteniendo la respiracion. Así estuvo un momento.

De repente llegó á su oido el ruido de las pisadas de alguien que se acercaba.

—Ahí llega—pensó—las pisadas vienen del rumbo por donde le espero. Sí, es Plinio.

Crémes se puso inmediatamente de pié, y se ocultó detras del sepulcro.

Un fugaz relámpago envió su luz sobre el individuo que se acercaba.

Crémes dejó ver en su tosca fisonomía una sonrisa de satánico placer.

—El momento ha llegado—dijo para sí.

La víctima que iba á ser sacrificada, se dejó ver claramente.

Crémes, metiendo la mano derecha en la manga izquierda de la túnica, acarició un puñal.

Habia llegado al sepulcro detras del cual observaba el asesino sus mas leves movimientos.

El esclavo Crémes empuñó con mano firme el puñal, y lo sacó de la manga para herir.

El ruido de un carruaje se escuchó en aquel momento, y Crémes detuvo el golpe, pronunciando entre dientes una imprecacion de impaciencia; pero pronto brilló en su fisonomía una señal de placer.

La víctima, al ruido del carruaje, habia detenido su marcha, y permaneció quieta delante del sepulcro, esperando sin duda á que aquel pasara. El carruaje era una *carruca*, en la cual iban dos personas á quienes era imposible distinguir por la oscuridad.

Al verla pasar y alejarse, el hombre iba á seguir su marcha; pero en el momento en que levantaba el pié, el puñal del esclavo de Diómedes fué á herir su pecho.

Un grito agudo y doloroso lanzado por la víctima, y el ruido causado por su cuerpo al caer en tierra, interrumpió el silencio de aquella soledad.

Pero á aquel grito, siguió en el instante el mismo sepulcral silencio.

Varios relámpagos se sucedieron con asombrosa rapidez en aquel terrible instante.

La siniestra luz que enviaron, dejaron ver un cuerpo cubierto en su sangre, y la figura del asesino que huia precipitadamente hácia la casa de Diómedes, escondiendo el arma homicida en la manga de su túnica.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó en voz baja Marcio, que le esperaba en la puerta.

—Que he cumplido con vuestro encargo.

Marcio se estremeció.

—Ya no teneis quien os dispute la mano de vuestra prima—añadió Crémes.

—Silencio, cierra la puerta y vete á tu aposento.

—Al iros á vuestra casa podreis cerciorarós por vos mismo, con solo que os detengais en el sepulcro de Ceyo y Labéon, de que os he servido lealmente.

—No: he dicho á Diómedes que me quedo á dormir aquí, porque la noche está amenazando un fuerte aguacero, y no me marcho.

Crémes cerró la puerta, entró á su cuarto y se acostó tranquilamente.

Marcio inquieto, pálido y lleno de sobresalto, entró á su alcoba y se encerró en ella, preocupado con el crímen por él dispuesto, aunque saboreando el placer de la venganza.

Mientras él se encontraba combatido por los mas encontrados afectos, Eutima acariciaba mil ideas lisonjeras de felicidad y de amor para el porvenir.

¡Pobre Eutima!..... ¡Cruel y despiadado Marcio!

CAPITULO XLVI.

LA ENCARCELADA Y EL CARCELERO.—UNA NOTICIA TERRIBLE.
DÁDIVAS QUEBRANTAN PEÑAS.

Nidia, despues de haber visto frustrada su tentativa de fuga, comprendia lo difícil que le seria encontrar otra proporcion favorable para huir de su prision; pero no por esto desmayó en su valor, ni dejó de meditar en los medios para conseguir su intento.

Su cuidador Sosie, temiendo una nueva astucia, le dejaba la comida sin entrar en conversacion con ella.

Nidia comprendia el motivo de la reserva de su carcelo; pero viendo que él solo era su esperanza para salvar á Glauco, meditaba un plan en que su mismo custodio le sirviese de instrumento para dar cima á su idea.

La hermosa cieguecita permaneció un gran rato con los brazos cruzados, meditando en lo que debia hacer.

De repente sus dedos tropezaron con unos ricos brazaletes que su amo le habia regalado cuando habia arrancado á Ione de los brazos de Arbace, y en una cadena de oro que la hermana de Apoicide habia colocado con sus manos al rededor de su cuello, por haber conducido á su hermano al sitio en que el egipcio trató de matar su honra.

Al contacto de aquellas alhajas, la frente de la jóven se despejó del tinte de dolor que la velaba.

Una idea luminosa se fijó en su mente.

Nidia esperaba impaciente la vuelta del carcelero; pero las horas pasaban, y la inquietud de Nidia era cada vez mas terrible.

La noche llegó, y Sosie penetró con la cena.

—Dime, Sosie, ¿qué hora es?—preguntó la cieguecita.

—Cerca del anochecer. Los rebaños vuelven de sus pasturas.

—¡Dios mio!..... ¿Y el proceso?

—¿Qué proceso?

—El de Glauco.

—Glauco y Olinto han sido condenados.

—¡Qué dices!.....

—Mañana será su último dia. Si no fuera por tí, hubiera alcanzado el permiso de ir al circo con los otros esclavos; pero Arbace, que es el mas injusto de los amos, me ha elejido á mí para que te cuide, y no podré presenciar la lucha del leon con Glauco.

Nidia se estremeció de horror al escuchar aquellas últimas palabras, y exhaló un suspiro.

—¿Mi desgracia te hace suspirar?.....—dijo el esclavo.—¡Ah!..... esto siquiera es un consuelo para mí, pues me hace conocer que sabes apreciar todo lo que me cuestas. Por lo mismo no quiero ya volverme á quejar.

—Sosie, ¿cuánto seria necesario para comprar tu libertad?

—¿Cuánto?

—Sí.

—Cerca de dos mil sestercios.

—¡Oh!..... yo bendigo á Dios!

—¿Por qué es ese regocijo?

—Sosie, ¿ves estos brazaletes y esta cadena?

—Sí.

—Ellos valen muy bien doble de la suma que me has dicho.

—Ciertamente.

—Pues bien; yo te los doy, si.....

—Cállate, cállate, no me quieras tentar; yo no puedo salvarte. Arbace es un amo severo y terrible. Todos los sestercios del mundo no me salvarian de su cólera.

—Pero yo no te pido mas que una hora.

—¡Cómo!

—Déjame salir á media noche, y te aseguro volver antes que despunte la aurora: á no ser que tú quieras acompañarme.

—No—replicó Sosie con firmeza.—Un esclavo desobedeció un dia á Arbace, y nunca volvió á oirse hablar de él. Si la ley no concede al amo el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, se puede asegurar que esa ley es mas lisonjera que eficaz. Yo sé muy bien que Arbace encuentra siempre el modo de obrar á su voluntad. Por otra parte, una vez muerto yo, ¿qué me podria valer que la ley me defendiese si no me habia de poder resucitar? No; yo no quiero exponerme á semejante peligro.

—Pues bien; no trato yo de comprometerte. Pero creo que no rehusarás, por el mismo precio, ser portador de una carta. Tu amo no puede matarte por esto.

—¿A quién debo llevar la carta?

—Al pretor.

—¡A un magistrado!..... Eso no es posible. Me veria obligado á declarar ante la justicia, y las peguntas dirijidas á un esclavo van siempre acompañadas de la tortura.

—Bien: no hablemos mas del pretor; pero creo que no tendrás que temer los mismos peligros de parte de un excelente amigo de mi amo, de Salustio.

—Y ¿qué es lo que deseas de él?

—Glauco ha sido para mí un amo lleno de generosa bondad: va á morir, y no puedo soportar la triste idea de que me juzgue ingrata, ni que pueda poner en duda mi reconocimiento. Salustio es amigo suyo, y se encargará gustosamente del recado.

—¿Te imaginas acaso que Glauco se encuentre ahora con la tranquilidad necesaria para pensar en su ciega esclava?

—Sosie, ¿quieres ser libre?—exclamó Nidia levantándose.—Hoy puedes alcanzar los medios de serlo; mañana será ya tarde.

El esclavo vaciló un instante, pero al fin consintió.

—Dame tus joyas—dijo—y yo me encargo de la carta. Pero, escucha: tal vez no te pertenecen; tú eres esclava.

—Son mias, porque Glauco me hizo el regalo para que hiciese de él lo que me pareciera. Por otra parte, él no necesita ya de nada, y no me reclamará lo que te doy.

—Basta. Voy á traerte el papiro.

Nidia, aunque ciega de nacimiento, sabia, como ya hemos visto, escribir.

Su padre le habia enseñado á formar las letras conduciéndole la mano, y la jóven se habia aprovechado tanto de sus lecciones, que escribia con sorprendente facilidad.

Pocos minutos necesitó para trazar la carta, que tuvo la precaucion de escribirla en griego, su lengua nativa, y que todo italiano, de un rango elevado, estaba casi obligado á saber.

Nidia arrolló cuidadosamente el papiro con un hilo á propósito, y cubrió el nudo con cera.

Hecho esto, lo puso en manos de Sosie, diciéndole:

—Sosie, soy ciega y prisionera; puedes, por lo mismo, engañarme fácilmente no llevando el escrito á su destino. Quiero, pues, que me prometas que no abusarás de mi confianza.

—Te lo juro por.....

—¡Silencio!..... No quiero tus juramentos. Recuerda solamente que ese escrito no te pone en peligro ninguno, con tal que lo lleves en secreto al amigo de mi amo. Ademas de las joyas que te he prometido, recibirás tambien de otra persona que se interesa por mí, una recompensa que te pondrá en posicion de gozar plenamente del beneficio de la libertad.

—Eres una jóven bien original: tú haces de mí lo que quieres; pero queda tranquila; tus deseos serán satisfechos.

La noche habia avanzado durante esta conversacion.

Sosie se despidió de la cieguecita.

Al marcharse no descuidó el echar la barra de hierro á la puerta, temiendo siempre que se le escapase la jóven.

Hecho esto, colocó las llaves en la cintura, se dirijió á su cuarto, se envolvió en un ancho manto capaz de cubrirle enteramente, y en seguida salió de la casa por una puerta del lado opuesto á la fachada, sin ser visto de nadie.

CAPITULO XLVII.

CASA DE SALUSTIO.—UNA ORGÍA EN ELLA.—LA ENCUBIERTA.
LAS SOMBRAS.—UNA SORPRESA.

Sosie marchaba á toda prisa hácia la casa de Salustio.

El temor de que Arbace le buscase y de que Nidia huyera, le ponian alas en los piés.

Por fortuna era de noche, y nadie le habia visto salir.

Halagado con la risueña dádiva de las joyas de Nidia, y con el seductor pensamiento de que al siguiente dia podria comprar su libertad, marchaba sin detenerse y con el rostro agachado para no ser conocido.

Pero entre tanto que él camina hácia la casa de Salustio, veamos lo que pasaba en esta.

Deseando el amigo de Glauco borrar de su mente el trágico fin que le esperaba al jóven ateniense en el anfiteatro al signieute dia, habia convidado á tres amigos suyos á conseguir el objeto á puro libar el jugo de las ricas cepas.

Como la mesa debia empezar desde las tres de la tarde, Salustio mandó poner en los patios las cortinas mas ricas que en todas las casas de los poderosos habia, destinadas á cubrir aquellos de los rayos del sol. Aquellas cortinas ó toldos, eran generalmente de lino teñido de púrpura, inventados en Asia, que daban un colorido seductor y encendido á las piezas.

Cuatro damas, mas bellas que pudorosas, entre las cuales se encontraban Frigia y Sostrata, habian concurrido tambien, invitadas por Salustio, que quiso sorprender á los convidados, presentándoles lo que les habia de gustar tanto como el vino.

Era ya de noche, y aun permanecian entregados á los placeres de la mesa en el *triclinium* de verano.